

# Zoomorfosis

A Franz Kafka: setenta años después.

Este mundo parece cada día más irreal. Hoy me desperté convertida en mariposa. Era una bella mariposa color violeta con rayos amarillos y hermosas alas. Alcé vuelo y fui a posarme sobre las gencianas rojas y las rosas blancas. El aire era liviano y fresco y me movía con facilidad, viendo a las hormigas afanosas en su acarrear de pedacitos de hojas y migajas de pan. Sentía una sensación de libertad, podía moverme hacia donde quisiera. Subí tan alto como pude y vi con emoción, el verdor de las copas de los árboles y los pájaros posados sobre sus ramas. Más tarde me reuní con otras mariposas, ellas me indicaron dónde podía alimentarme.

Pero, a medida que avanzó la mañana, se me fueron cayendo las alas, a pedacitos, poco a poco, y al llegar a mediodía, ya era sólo un gusano que reptaba penosamente sobre los pedruscos del patio. Con tremendo esfuerzo, y evitando los depredadores naturales, logré llegar a mi «hábitat». Entonces, y al cabo de un rato, me comenzaron a brotar

unas alitas pequeñas, transparentes; pero que no tenían la belleza de las anteriores. Eran más bien unas telillas frágiles y por momentos temía que se resquebrajaran; pero ¡nuevamente podía volar! Ahora el cuerpo era más pequeño y un poco grueso. Volé hacia unos crisantemos amarillos y sentí que mi cuerpo se impregnó de polen: ahora era una abeja.

No me sentía muy cómoda con este nuevo cambio, pero las frágiles alas evitaban el maltrato de mi cuerpo contra las asperezas del suelo. Me reuní con las demás abejas y noté que cada una tenía su propio trabajo. Estaban muy ocupadas en su ir y venir por la colmena. Calladamente me reprocharon mi llegada un poco tarde, al recinto. No me entusiasmé por ninguna tarea de las que habían y me aislé en una celdilla, un poco oculta.

Allí permanecí mucho tiempo, pensando cómo escapar, volar lejos de allí, reunirme con otros seres más creativos, menos esquematizados en esa tediosa rutina. Como estuve iner-

te por mucho tiempo, se presentaron las abejas guerreras, y con sus espiones me expulsaron del lugar.

Tirada sobre el zacate, esperaba anhelante que sucediera el milagro, que me crecieran unas enormes alas que me permitieran remontarme hasta el infinito.

Pasó el tiempo... me fui desintegrando, llegaron las hormigas y los zompopos y se llevaron mis patas, en pedacitos; las alitas que nunca más crecieron. Ahora soy parte de la «Paccha Mamma» —Madre tierra— y soy feliz convertida en una minúscula partícula de polvo. □

